

E
S
T
R
E
L
L
A
S
de
C
I
N
E



MYRNA LOY

BIOGRAFIA Y ANECDOTAS



MYRNA LOY

por Willy Spaulding

Primeros años

Esta, bellísima y muy justamente famosa estrella, cuyo verdadero nombre es el de Myrna Williams, nació el 2 de agosto de 1906 en Helena, la capital del norteamericano Estado de Montana, que en 1861 fundara Reginald Stanley, en la que también nació el admiradísimo astro Gary Cooper.

Los padres de Myrna, escoceses de nacimiento, David y Della Williams, vivían en un rancho situado en las afueras de la población, en el que se crió hasta los siete años la muchacha.

Esta, según propia confesión, era una rapazuela bastante montaraz, de largas y no gruesas piernas, pelo rojizo, con abundante cantidad de pecas en su rostro, producto, sin duda, de los ataques del sol y con una enorme afición a encaramarse en

los árboles. Ni era bonita, ni su madre, atenta a otros menesteres imprescindibles, hacía nada por realzar lo poquísimo que en su incipiente persona valía la pena. La peinaba el cabello en dos trenzas, las sujetaba con sendas cintas y... ya estaba el tocado hecho.

Verdad es que cualquiera otro hubiera resultado, además de innecesario, inútil, ya que la pequeña dedicaba casi el día entero a corretear por los frondosos y ricos valles cercanos y por las abruptas e ingentes montañas de su país natal, en las que año se corrieron innumerables aventuras, gloriosas en historias, novelas y cuentos que han recorrido el mundo entero. Gracias a estas correrías al aire libre, obtuvo un cuerpo robusto y sano y un perfecto conocimiento de cómo mantenerse siempre ágil, saludable y dispuesta para la lucha por la vida. De aquellos años data su gran predilección por los ejercicios al aire libre, la que por causa de sus actuales y continuas ocupaciones no puede, desgraciadamente, satisfacer con asiduidad.

Vino por vez primera a California cuando contaba siete años. Sus padres la trajeron en un breve viaje de recreo. Más tar-

de pasó varios inviernos con su familia en localidades del Sur.

Asistió a la escuela de primero y segundo grado en Santa Mónica y más tarde, cuando sus padres regresaron al rancho de Montana, ingresó en el colegio de señoritas de Westlake.

¿Qué motivos la impulsaron? No se sabe. Acaso el asistir, cuando apenas había cumplido seis años, a una representación de «El pájaro azul», de Meterlinck. Lo cierto es que desde muy niña decidió ser bailarina o actriz, y de todo cuanto estudiaba, y especialmente de la historia y la literatura, procuraba obtener datos y conocimientos que para tal fin pudieran servirle.

Su carácter era muy retraído apenas se juntaba con las demás compañeras del colegio. Solamente lo hacía en los ensayos de festivales, pues no hubo fiesta de baile ni función teatral en que no tomara parte. Sin embargo, ni en esos actos puede decirse que fraternizara con las demás muchachas. Su fantasía, su espíritu, estaban muy alejados de ellas. Tal vez recorriendo, in mente, los anchos espacios, las elevadas cumbres, los ríos y campos de la rejana Helena.

Terminados los estudios del colegio, asistió a los cursos que daban la famosa bailari-

na Ruth San Denis. Al propio tiempo, para ampliar los conocimientos que pudieran contribuir al logro de sus ambiciones, se matriculó en la clase de escultura de la Escuela Superior de Venice. Fué su profesor el renombrado artista Winebrenner.

Por aquel tiempo habían encargado a este maestro un grupo escultórico para el jardín de la Escuela. Se trataba de una alegoría formada por tres figuras que representaban «lo físico», «lo mental» y «lo espiritual», simbolizando el conjunto «El Espíritu de la Educación».

La obra, desde el momento de su inauguración, obtuvo un sonadísimo triunfo artístico. Refiriéndose a ella, cuenta el escultor: «En la selección de los dos modelos primeros, no experimenté dificultad alguna. Un fornido jugador de fútbol le sirvió para «lo físico», y una gentil muchacha sobresaliente en las aulas por su inteligencia, para «lo mental».

Pero encontrar el modelo para «lo espiritual» no era cosa igualmente sencilla. Ciertamente que en nuestra misma Escuela había bastantes muchachas que para otros temas hubieran servido perfectamente, pero para éste se necesitaba algo que alcanzara los límites de la idealidad. Era preciso que

el modelo reflejase a la vez: espiritualidad, comprensión inteligente, belleza y gracia.» Estas las vió en Myrna, con ocasión de celebrarse en la Escuela un gran festival artístico, uno de cuyos números era la escenificación bailada de una pieza musical en la que ella era primera figura.

Como se comprenderá, en vista del hallazgo, se dirigió a la alumna exponiéndole sus deseos, la que en principio se negó en redondo, pero tanto y tanto insistió, tales razones adujo, que al fin cedió la muchacha, pero con la condición expresa de que las sesiones tendrían lugar en el estudio privado del artista.

Cuenta Myrna hoy, refiriéndose al acto de la inauguración del monumento: «Lo que me conmovió profundamente, fué la parte del discurso en que el presidente de la Universidad de California, muy ilustre pedagogo, hizo resaltar los altos ideales representados por el grupo. Sus palabras eran un inspirado e inspirador mensaje a la juventud para incitarla a cultivar la nobleza en el pensamiento y en el propósito. Formé entonces la resolución de hacerme digna del mármol que había ayudado a crear, y decidí no revelar a nadie que había servido de modelo hasta que no hubiese lo-

grado hacer en el mundo algo que valiera la pena.»

Enfrentándose con la vida

Dispuesta a vivir por el propio esfuerzo, al terminar sus estudios, poco después de cumplir los dieciséis años, se colocó como maestra de baile en una modesta escuela situada a corta distancia de unos grandes estudios cinematográficos. Asistían a su clase una treintena de discípulos y percibía como sueldo veinticinco dólares al mes.

Cumplía con el mayor interés y lealtad su cometido, pero no dejaba de pensar, ni un momento casi, en su propósito de llegar a ser «algo» y, francamente, aquella ocupación ni lo era ni podía conducirla a ello.

«Un día cuenta miss Loy—decidí dejar de ser humilde maestra de escuela, sin porvenir ni esperanza, y solicitar trabajo en los estudios cinematográficos. Atravesé resueltamente la corta distancia que me separaba de la Metro-Goldwyn-Mayer y estuve sentada toda la tarde en la oficina de reparto. Durante dos semanas seguidas, tuve que ir y estar a diario allí, antes de que nadie advirtiera mi presencia!»

»De pronto, una tarde me llamaron para

una prueba fotográfica, pero... como luego supe, no se trataba de mi persona, sino de una «prueba de traje»... y ni siquiera me pusieron maquillaje para cubrir mis benditas pecas. El estudio necesitaba fotografiar el vestido... no a la que lo llevaba. El vestido lo iba a lucir Kathleen Key en «Ben-Hur».

»Unas horas más tarde, Christy Cabanne, el director, acertó a verme y quiso saber si era yo una de las actrices contratadas temporalmente por la empresa. Con mucho dolor hube de confesarle que no lo era, y que ni siquiera sabía aún cómo aplicarme el maquillaje para aparecer ante la cámara. Sin embargo, Cabanne me notificó que quedaba escogida para desempeñar el papel de la Madona en «Ben-Hur».

»Efectivamente, el papel me fué adjudicado... ¡y vi el cielo abierto! ¡Por fin iba a ser una actriz de la pantalla! Pero tres horas después me quitaron al papel para dárselo a Betty Bronson.»

Es de suponer cuán alicaída y desesperada salió Myrna en aquella ocasión de los estudios que años más tarde habrían de considerarla como una de sus primeras estrellas.

Rodolfo Valentino la hace «sirena»
cinematográfica

No duró muchos días su abatimiento. Ni su carácter, ni su juventud, ni la necesidad de vivir se lo permitían. Se había propuesto triunfar en la pantalla y triunfaría. ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo sabía, pero estaba segura de que sería realidad. En tanto que llegaba la ocasión propicia, aceptó varios empleos apropiados a sus facultades, conocimientos y aficiones. Entre ellos, figuró en el cuerpo de baile de Fanehón y Marco.

Por entonces, el famoso fotógrafo de Hollywood Henry Waxman, convencido de que la muchacha tenía especiales condiciones para el séptimo arte, le hizo varios retratos espontánea y gratuitamente, los cuales fueron vistos por Rodolfo Valentino y Natasha Rambova, que opinaron como el fotógrafo y desearon conocerla en persona en cuanto se presentara ocasión propicia. Esta no tardó mucho.

Con motivo de la proyección de la célebre película «La quimera del oro», se presentaba como prólogo un número de baile del que era figura central Myrna, que encarnaba el «Espíritu del hielo». Su actuación obtuvo un gran éxito de crítica que unánime-

mente alabó su gracia y belleza. Allí la vió el matrimonio Valentino, que impresionado por el encanto de la joven bailarina, se interesaron por su porvenir artístico, decidiendo captarla para la pantalla. Así se lo hicieron, proponiéndole que interpretara un papel exótico en «El precio de la belleza».

Si asombrada quedó por la alta categoría de los visitantes—figuras las más sobresalientes entonces del séptimo arte—, no la impresionó menos la proposición que le hacían, pero, dominándose, disimuló sus sensaciones y aceptó con alegría el papel ofrecido.

El acierto de su interpretación hizo que la catalogaran como «Sirena» de la pantalla, y en ello especializada, fué «sirena» europea, china, malaya, javanesa y polinesia, estudiando profundamente el tipo para interpretarlo a conciencia.

El primer papel importante lo desempeñó en 1930, como protagonista con Warner Baxter en «Renegados». Después lo hizo en «El diablo paga» y en otras muchas películas, siempre en carácter de «sirena». Únicamente tuvo un paréntesis en «Trasatlántico», en el que interpretó el papel de una honorable esposa.

Un contrato de larguísima duración

Cuatro años después de haber salido alicaída y desesperanzada de los estudios Metro-Goldwyn-Mayer, firmó con ellos un contrato de los llamados de larga duración. Rara vez se da con tal exactitud ese título, pues aunque renovado y extraordinariamente mejorado, puede decirse que aun está en vigencia, ya que es con esta productora con la que desde entonces tiene contrato.

En «Enigma», «Alcohol prohibido» y «Errores de juventud» interpretó papeles notadamente dramáticos, con gran acierto; pero después de algún tiempo deseó volver a desempeñar los que sirvieron para iniciarla en la pantalla, lográndolo en «La máscara de Fu-Manchú», film en que actuó junto a Boris Karloff.

A continuación de «La feria de la vanidad», encarnó a una mestiza asesina en «Trece mujeres». Por cierto que viéndola trabajar en este film el gran director Edward H. Griffith, que a la sazón buscaba ansiosamente a una muchacha capaz de interpretar el papel de «Evie» en «Una limosna de amor», se lo encargó a Myrna.

Según ella, de no haber sido por Griffith, que la encargó del citado papel, no hubiera

logrado figurar en «Distinto animal», película que constituyó el punto decisivo de su carrera. Después de ella, «De mujer a mujer», «Asesinato en la terraza» y «El boxeador y la dama», vi de modo preciso que no necesitaba seguir encadenada a un determinado tipo, sino que podía extender las alas y dominar otros campos. Me he convencido de que tengo una personalidad propia y de que soy capaz de llevarla a la pantalla»

Profecía que se cumple

Durante la filmación de «Asesinato en la terraza», el recientemente fallecido director W. S. Van Dyke, que llevó al lienzo de plata obras tan magníficas como «San Francisco» y «Eskimo», dijo:

«Pronostico que Myrna Loy será estrella dentro de un año y que su nombre llegará a convertirse en uno de los más poderosos imanes para el público.»

En el término predicho, la Metro, correspondiendo a los grandes triunfos logrados por Myrna en «Por sendas distintas», «La cena de los acusados» y «Una noche en Estambul», la elevó a la categoría de estrella.

En vista del éxito excepcional obtenido en «La cena de los acusados» por los protago-

nistas Myrna Loy y William Powell, volvieron muy pronto a trabajar juntos en «Vaivenes del amor», pasando a ser una de las parejas más populares y admiradas del séptimo arte y que ha protagonizado gran número de películas de categoría, como «El gran Ziegfeld», «Una mujer difamada», en la que les acompañaban Spencer Tracy y la malograda Jean Harlow; «Ella, El y Asta» y «Mi marido está loco», film que se anuncia para esta temporada de 1943-44.

Hoy la personalidad artística de Myrna Loy se destaca inconfundiblemente en el mundo cinematográfico y con destellos de gran brillantez. Cuenta en el mundo el número de admiradoras y admiradores por elevada cifra de millones.

Otras películas

Además de las ya citadas, ha trabajado en el cine mudo y el sonoro en numerosos films, de los que deben citarse: «¿Por qué las jóvenes regresan al hogar», con Patsy Ruth Miller y Clive Brook; «De carbonero a gran señor», con Marie Prevost; «Don Juan», con Mary Astor y John Barrymore; «El héroe del batallón», con Monte Blue;

«La muchacha de Chicago», con Phillip Harve; «Boda sin amor», con Monte Blue; «La campana de alarma», con Helen Costello; «La tontuela», con Luisa Fazenda; «Al hilo de medianoche», con Conrad Nagel; «Juventud perdida», «Una novia en cada puerto», con Louise Brook; «El poder de una mirada», con Mae Mac Avoy y Conrad Nagel; «La taberna roja», con Leyla Hyams y Ana May Wong; «El cantante de jazz», con Mae Mac Avoy y Al Jonson; «El arca de Noé», con Dolores Costello y George O'Brien; «Ella es así», con William Collier; «Shari, la hechicera», con Víctor Mac Laglen; «La canción del desierto», con Carlotta King y John Boles; «Tantas veo...», con Raquel Torres y Frank Fay; «El romance del tunante», con José Bhor y Raymond Hatton; «Cosolation mariage», con Irene Dunne; «La tela de araña», «Vuelo nocturno», «Estrictamente confidencial», con Warner Baxter; «El hombre delgado», «Melodrama de Manhattan», «Evelyn Prentice», «Hombres en blanco», con Clark Gable; «Penthouse», con Warner Baxter; «Cuando se reúnen las señoras», «Reino animal», «Jaque al rey», con Spencer Tracy; «Adán sin Eva», con Robert Montgomery; «Por su patria y por su dama», con Clark Gable; «Entre esposa y se-

cretaria», con Jean Harlow y Clark Gable; «Piloto de pruebas», con Clark Gable y Spencer Tracy; «La mujer del futuro», con Rosalind Russell y Walter Pidgeon; «Genio y figura», «Se inició en China», con Clark Gable y Walter Pidgeon, y «El irresistible», con Clark Gable.

Informes complementarios

Está casada con Arthur Hornblow, uno de los productores de la Paramount. Su vida conyugal transcurre apacible, sin que la turbe la más pequeña nube.

Sus numerosos triunfos no se le han subido a la cabeza. Es tan modesta hoy como lo era en su niñez en el rancho de Montana.

Cuando va a rodar exteriores, lo que aquí en Norteamérica se llama «ir de campamento», se sienta a comer a la misma mesa que los demás y pasea y charla amigablemente con todos. Jamás pide a nadie que haga una cosa que ella misma puede hacer.

Su color predilecto es y ha sido siempre el morado, y sus joyas preferidas las perlas.

Cuando no tiene que trabajar en los estudios, aprovecha el día para dedicarse personalmente a asuntos del hogar, como comprar utensilios para la cocina o cortinas para la sala o los dormitorios, revisar el estado de muebles y prendas caseras, cuidar del jardín, etc., etc.

Mide 1'56 de estatura y pesa 57 kilos,

Tiene una casa de campo en Coldwater, cerca de Los Angeles, que es un plácido retiro oculto a las miradas de todos, por vastas plantaciones de árboles frutales.

Prefiere la compañía de los libros a la de

las gentes, a menos que se trate de personas que puedan ilustrarla de uno u otro modo. Sus lecturas predilectas son los libros de historia y los biográficos.

La natación es uno de sus placeres favoritos, y así en cuanto puede aprovecha la ocasión para practicarla. En cambio, prefiere al baño de pila, la ducha, por lo que, cuando no tiene ocasión de nadar, recurre a ella, comenzándola por agua caliente y terminándola con fría.

FIN

MELODIAS DEL DIA

Ha publicado las más famosas canciones de:

Rafael Medina, Tito Guizar, Raúl Abril, Dicente Gallardo, Ramón Evaristo, Bonet de San Pedro, Manuel de Bianco, Pilarín Arcos, Carlos Gardel, Roberto Dan, Rina Celi, Alberto Roqui, Amanda Ledesma, Hugo del Carril y Bernard Hilda.

30 ctms.

VARIEDADES

Publica solamente los éxitos de la canción española.

**N ARCY - M IRCO
M. DE WANDER - TITA GRACIA**

30 ctms.

*Si es Ud. amante del séptimo arte,
adquiera ESTRELLAS DE CINE, y
podrá coleccionar las vidas de los
más famosos "astros" y "estrellas"
de la pantalla.*


Números aparecidos:

ROBERT TAYLOR - MARLENE DIETRICH
GARY COOPER - CLAUDETTE COLBERT
LESLIE HOWARD - DIANA DURBIN
RAFAEL DURAN - MARUCHI FRESNO
CLARCK GABLE - IRENE DUNNE
CHARLES BOYER - CONCHITA MONTENEGRO
JOHN BOLES - MYRNA LOY

30 céntimos.

Distribución:

Sociedad General Española de Librería - Barbadá, 16 - Barcelona

 Pelloer Montaner, 111-Tel. 76152